

MIRA DE AMESCUA, ANTONIO (1574-1644)

EL CONDE ALARCOS

PERSONAS que hablan en ella:

REY

El CONDE Alarcos

El MARQUÉS de Mantua

RICARDO

GIL, villano gracioso

TIRSO, villano

SILVIO, villano

INFANTA, dama

BLANCA, dama

BLANCAFLOR, su hija

PORCIA, dama

BARTOLA, villana graciosa

PASCUALA

MÚSICOS

ACTO PRIMERO

Hacen ruido de caza dentro y salen la INFANTA con venablo y PORCIA

INFANTA:

¡Qué dichosa hubiera sido,
Amor, si tú no supieras
que son celos y no fieras
los que al monte me han traído!
¿Quién podrá decir que celos
me traen fatigando montes
que en alegres horizontes

son columnas de los cielos?

PORCIA:

Yo a lo menos lo dijera.

INFANTA:

¿La caza y amor no son
de distinta condición?

PORCIA:

Di, ¿cómo?

INFANTA:

De esta manera:

Al conde Alarcos amé.

Afición es peregrina.

Fuerza de estrellas me inclina.

Resistí, y en vano fue.

Creció amor. Súpolo el conde;

que mis ojos sin temor

fueron lenguas, porque amor,

cuando calla, no se esconde.

Prometíle ser su esposa,

y cuando a razón como ésta

esperaba una respuesta

dulce, alegre y generosa,

dudoso me niega el sí,

huye tímida la mano.

Ya que bien tan soberano

le turbaba atribuí

sus dudas, pero después...

--aquí el alma se me arranca--.

Sospeché que amaba a Blanca.

No es sospecha, verdad es.

Fuése a la guerra y, ausente,

celos y amor me embistieron;

que afectos en mí no fueron

sino una pasión ardiente.

Dejó la guerra vencida

el conde con su prudencia;

Blanca me pidió licencia
cuando supo la venida.
Enferma vino a esta aldea
según dijo, y yo imagino
que a esta soledad se vino
para que el conde la vea.
Mi envidia, en efecto, lucha
con recelos inhumanos.

Salen GIL y BARTOLA, villanos

PORCIA:
Acá salen dos villanos.

INFANTA:
Pues, retírate y escucha.

Cantan

BARTOLA:
"Si era hermosa la mañana,
más hermosa era la aldeana".

GIL:
"Que si linda es la parida,
las torrijas son más lindas".

BARTOLA:
Suelta el prato, Gil.

GIL:
¿También
suelen las que paren hijas
almorzar de estas torrijas?
A fe que me saben bien;
linda cosa es el parir
si de éstas se han de almorzar.

BARTOLA:
¿Y el dolor?

GIL:

Así, apretar
bien los dientes y sufrir.

BARTOLA:

Dame siquiera una sola.

GIL:

¡Oh, qué presto que acodiste!
Dime, ¿cómo las oliste
si no hay narices, Bartola?

BARTOLA:

¡Cómo engulles!

GIL:

¿Por qué no?
Cuando señora paría,
y la comadre decía,
"aprieta", apretaba yo,
teniéndola de manera
que en gran peligro nos vimos.
Pero en efecto parimos
yo, señora y la partera.

INFANTA:

Porcia, ¿los has entendido?

PORCIA:

Bien, señora.

INFANTA:

¡Labradores!

GIL:

No se irá la fiesta en frores;
las torrijas han olido.
Ya se acaban, yo me esfuerzo.
Éstas vienen con venablos.

¿Habéis parido? ¡Diablos!
¿Tres acodís a mi almuerzo?

INFANTA:
¿Cómo se llama esta aldea?

BARTOLA:
Selva Florida se llama.

GIL:
¡Y a fe de Gil que la dama
que lo pregunta no es fea!
Bartola de Bercebú,
juro a esta cruz, ¡vive Dios!,
y vuelvo a jurar, ¡por Dios!
Es más hermosa que tú.

A la INFANTA

Si antes hubiera venido,
almorzara, por mi fe,
muy a su sabor.

INFANTA:
¿Y qué?

GIL:
Torrijas, que hemos parido
y alegramos el suceso.

BARTOLA:
¡Calla, necio!

GIL:
¿Soy bobillo?
Yo tenía de decillo.
Bonico so para eso.

INFANTA:
¿Quién ha sido la parida?

GIL:

La señora del lugar.

INFANTA:

¿Qué decís?

GIL:

Bien sé callar;
no dije chisme en mi vida.

INFANTA:

(Escuchando estos rigores,
toda el alma se me abrasa). Aparte

GIL:

Parió la otra en su casa,
¿y sentís vos los dolores?

INFANTA:

¿De quién parió?

GIL:

De mil modos
se cuenta.

INFANTA:

(¡Ay, amor crüel!) Aparte

GIL:

Cuál dice éste, cuál aquél;
mas yo pienso que es de todos.
(Como purga es un secreto; Aparte
callar será reventar.
Déjame Bartola hablar).

INFANTA:

Sois labrador muy discreto.

GIL:

Sí, señora.

INFANTA:

¿Y qué ha parido?

GIL:

Una niña como el sol.

No es tan bello su arrebol
cuando del alba ha nacido.

Lindo pelo, ojos bracos,
blancos y negros. Su madre
ya se levanta.

INFANTA:

Y su padre,
¿quién es?

GIL:

Un conde Zalacos.

INFANTA:

¡Calla, traidor!

BARTOLA:

¿Qué dijiste?

GIL:

Yo, ¿qué he dicho?

INFANTA:

Airados cielos,

¿rayos dais en vez de celos?

Muerta soy. ¡Ay de mí, triste!

Sale RICARDO

RICARDO:

Ya era tiempo que te halle
el que siguiéndote viene.

Desde esa cumbre, a quien tiene

miedo y respeto este valle,
calar la salva te vi
con espíritu gallardo.

INFANTA:

Aún no me hallaste, Ricardo,
porque yo no estoy en mí.

Sale BLANCA

BLANCA:

(La infanta es ésta. ¡En qué extremos Aparte
de cuidado y pena asisto!)

PORCIA:

Blanca sale y ya te ha visto.

INFANTA:

Pues, dolor, disimulemos.

BLANCA:

¡Señora! ¿En Selva Florida
vuestra alteza? Vos, señora,
¿hacéis campos de la aurora,
hacéis reinos de la vida
estos valles? ¿Vos aquí,
o con cuidado y acaso,
produciendo a cada paso
una rosa, un alhelí?
Dadme la mano.

INFANTA:

Levanta.

BLANCA:

(¿Qué venida es ésta, cielos? Aparte
Cuidados miro y recelos
en el rostro de la infanta.)

INFANTA:

Blanca, ¿cómo estás?

BLANCA:

Señora,
habiéndote visto, buena.

INFANTA:

(¡Que se disimule pena Aparte
que siglos creció en una hora
y es de males un abismo!)
Yo la madrina seré.

BLANCA:

¿Madrina? ¿Cómo? ¿De qué?

INFANTA:

Luego, ¿está hecho el bautismo?

BLANCA:

¿De quién?

INFANTA:

De la niña.

BLANCA:

(Muerte, Aparte
agora, agora pudieras
embestirme, sin que fueras
terror de la humana suerte.
¡Ah, villanos!) Yo no entiendo,
mi señora, lo que dices.
(¡Qué casos tan infelices Aparte
está el alma previniendo!)

INFANTA:

No te turbes, que bien sé.

BLANCA:

¡Habla más paso, por Dios!
Retírate de estos dos.

No me injuríes.

INFANTA:

Hija fue
de tu esposo. ¿Qué cuidados
puede dar? Nunca el Amor
fue contrario del honor
cuando están acompañados.
Bien sé que la niña es tal
que, ya llore o ya se ría,
a la aurora desafía
en belleza celestial.

BLANCA:

(¡Ah, traidores!)
Aparte

INFANTA:

De tal rama
yo he de amparar la fortuna.

A RICARDO

¿Oyes? Entra, y en la cuna
o entre los brazos del ama
hallarás la flor de lis
sexta de Francia. En secreto,
con cuidado y con respeto
la llevarás a París.
Yo te la quiero criar.
A ser mi hija comienza.

BLANCA:

Si honestidad y vergüenza
me dan licencia de hablar,
señora, el conde es mi esposo,
y nos dimos con las manos
los alientos soberanos
de las almas. Fue dichoso
en esto mi pensamiento,

pues se ve correspondido
mi mucho amor, y excedido
mi propio merecimiento.
En dulce correspondencia
fue mi dueño, y suya fui.
Sólo has de culparme a mí
si esto fue sin tu licencia.
Pero ya que lo has sabido,
del silencio no te quejes.
Suplícote que me dejes
lo que de ambos ha nacido
para que yo en esta aldea
a los pechos del amor,
criar pueda a Blancaflor,
que éste es su nombre.

INFANTA:

(¡Que sea Aparte
mi fortuna tan ingrata
que yo miro, escucho y hablo
sin que atraviere el venablo
a la fiera que me mata!)
Yo la tengo de criar,
que en esto puse mi gusto.

BLANCA:

(Replicar no será justo.) Aparte
Los pies te quiero besar
por la merced.

Sale RICARDO con la niña

RICARDO:

Ya la llevo.

BLANCA:

Déjame verla.

INFANTA:

Despacio

la veremos en palacio.

BLANCA:

¡Oh, infanta, cuánto te debo!

RICARDO:

¡Mil bendiciones te den!

Cara tienes de alegría;
ya, como si fueras mía,
empieza a quererte bien.

El cielo dé a tu belleza
larga edad que se repita,
y con tus años compita
la misma naturaleza.

Tu juventud y beldad
vivan en verano eterno,
sin que se atreva el invierno
de la vejez a tu edad
porque el tiempo mal ofende
lo que inmortal debe ser.

INFANTA:

Prevénte para volver
a palacio.

[Vase RICARDO]. Dentro ruido

PORCIA:

El rey desciende
al valle.

BLANCA:

Esta villanía
no ha sido, traidores sola.

GIL:

La culpa tiene Bartola
que yo callaba y comía.

BARTOLA:

Yo tenía de decillo.
Estaba, señora, loca.
Plegue al cielo que la boca
se me vuelva al colodrillo.

GIL:
Amén muchas veces digo.
Buena estarás de ese arte.

BARTOLA:
¿Por qué, Gil?

GIL:
Por no besarte
si me casare contigo.

Vanse los [tres] y salen el REY y el MARQUÉS

REY:
¡Marqués de Mantua!

MARQUÉS:
¿Señor?

REY:
La infanta está aquí.

MARQUÉS:
(Y la ingrata Aparte
que con sus desdenes mata
de amores al mismo Amor.)

REY:
Hermana, yo te perdí
dichosamente.

INFANTA:
¿Por qué?

REY:

Porque la cueva encontré
donde vive Malgesí.

INFANTA:

¿Hablóle tu majestad?

REY:

De años y ciencia cargado,
al monte se ha retirado.

Lo que me pasó escuchad:

Seguí un ciervo herido, que en la frente
llevaba un árbol seco, y parecía
que en los brazos del viento diligente
un pino de esos montes se movía.
Corrió a teñir de púrpura una fuente
donde su sangre en el cristal bebía,
dulces las ansias del morir haciendo
pues con ardiente sed murió bebiendo.
De un peñasco, que al sol agravios hace,
tiene el cristal su descendencia clara,
porque en su cumbre despeñado nace
y hasta humillarse al Ródano no para.
En laberintos de estas sendas yace
del sabio Malgesí la gruta rara,
tan admirable, oculta y tan incierta,
que la sirven las aguas de antepuerta.
Sin temor de fantásticos agravios
penetré las corrientes vidrieras,
y vi la gruta llena de astrolabios,
de pedazos de estatuas y de esferas.
Entre libros, que son los mudos sabios,
esqueletos miré de hombres y fieras.
Horror daban las sombras y podía
temblar de ellas la luz, forma del día.
En sus lóbregos senos me han llamado
hijo de Carlo Magno, y era un viejo
que con su larga vida ha porfiado,
hijo del tiempo, padre del consejo.
Después de haberme el sabio agasajado,

"Mírate", dijo "oh Rey, en ese espejo".
Miréme, y no me vi entre sus cristales,
que fueron los reflejos celestiales.
Una hermosura vi tan soberana
que su deidad a adoración provoca,
de sol, marfil de oro, nieve y grana
ojos, cuello, cabello, frente y boca.
Aquí mi admiración, o ciega o vana,
al espejo da vuelta, el cristal toca.
Un niño pareció que asir procura
lo que al espejo ve, que es su figura.
¡Oh, singular mujer! Ya tu belleza
impresa se quedó en mi fantasía;
copiar podrá de ti naturaleza
cuantos prodigios de hermosura cría.
Si tal era la concha y la corteza,
la perla y la médula, ¿cuál sería?
Yo pienso que entre abismos de luz pura
es la sombra del alma su hermosura.
Díjome Malgesí, "La que has mirado,
aunque le pesa a la fortuna ingrata,
para tu esposa te previene el hado.
El tiempo esta fortuna te dilata;
mas vive sin casarte confiado,
mientras al oro no peinares plata".
Y así pienso adorar eternamente
esta hermosura que copié en la mente.

INFANTA:

¡Grave prodigio!

MARQUÉS:

¡Espejo milagroso!

INFANTA:

(¡Oh, quién mirara en él mis males fieros!) Aparte

MARQUÉS:

(¡Quién viera en él si yo seré tu esposo!) Aparte

VOCES:

¡Un oso baja al valle!

REY:

Los monteros
siguen con los lebreles algún oso,
y yo a matar saldré con los aceros
la fiera.

VOCES:

¡Que desciende el oso al valle!

REY:

¡Dile a esa gente bárbara que calle!

Vanse y sale el CONDE Alarcos

CONDE:

Dé a los caballos el prado,
hierba y flores mientras vengo.
Nuevos espíritus tengo,
Amor, después que he llegado
a esta aldea; que es sagrado,
que es depósito del día,
que es centro del alma mía,
que esfera es de la luz bella
y epiciclo de la estrella
que me influye y que me guía.
¡Oh, Blanca, cuánto me debes!
¡Oh, Blanca, cuánto te debo!
A rayos de sol tan nuevo,
¿qué cuidados no son leves,
y qué siglos no son breves?
¿Qué desmayo no es aliento,
y qué pesar no es contento?
Todo es alegre contigo.
¡Con qué afectos que lo digo!
¡Con qué fuerzas que lo siento!

Sale GIL

GIL:

¿Yo desterrado? ¡Eso no!
¿Qué dirá quien me topare?
Si ella pare o si no pare,
¿qué culpa tengo yo?
Páguelo quien lo comió.

CONDE:

¿Está en casa Blanca bella?

GIL:

No me pescude por ella;
que es una mujer perdida.
De un marqués está parida,
y el tal hombre vino a vella
y se llevó a Blancaflor.

CONDE:

¡Ten, traidor, le lengua muda,
que te mataré!

GIL:

(Sin duda Aparte
que éste ha sido el malhechor!)
¡Señora! Aquí está señor.
Rebuscar quiere la viña.
Esté alegre, no me riña.
¡Albricias, albricias pido!

Sale BLANCA

BLANCA:

Necio, ¿de qué?

GIL:

Que ha venido...

BLANCA:

¿Quién?

GIL:

El padre de la niña.

BLANCA:

Tus simplezas maliciosas
ya no se pueden sufrir.

CONDE:

Al alba he visto reír,
llorando perlas y rosas,
en estas selvas hermosas.

BLANCA:

¿Qué mal puede haber tras esto?
Y a un dulce amor tan honesto,
¿quién los brazos le negó?

Abrázale

GIL:

¡Toma! ¿No lo dije yo?
Más torrijas habrá presto.

BLANCA:

Mi dueño, conde y señor,
¿cómo vienes?

CONDE:

Blanca mía,
como el que espera y confía
con cuidado y con amor,
vencido si vencedor.
Vencido de tu hermosura,
de tu fe constante y pura,
vencedor como soldado
y, en efecto, enamorado
con razón y con ventura.

BLANCA:

Yo, conde y esposo mío,
pedí a la infanta licencia.
Harto ha sido que en tu ausencia
tuviese valor y brío.
A esta isla que hace el río
me vine muerta de amores,
y apenas sentí dolores
cuando mis ojos miraron
una niña que envidiaron
las estrellas y las flores.
A la luz primer, al paso
primero que dio en la vida,
llorar la vi enternecida,
como si fuera al ocaso.
Y a no ver que en este caso
son comunes perlas tales,
pensara que eran señales
de desdichas con razón;
pero no, que en todas son
las lágrimas naturales.
Lloró al fin; y yo reía
con gozo de ver, señor,
que era tuya Blancaflor.
No me acordé que era mía.
La infanta, al fin, no la cría,
porque de ello fue gozosa.
¡Que soy tuya y soy dichosa!
¿El color has demudado?
¿Qué tienes? ¿Qué te ha turbado?

CONDE:

¡Oh, fortuna rigurosa!

BLANCA:

Conde, ¿recibes pesar
de verte con prendas mías?
¿Te enfadan mis alegrías,
y te has cansado de amar?

CONDE:

Blanca, no, pero al contar
que tuviste por mi amor
dolor y gozo mayor,
me ha quitado el alborozo
de la memoria del gozo
la memoria del dolor.

BLANCA:

Fue, conde, gran turbación.
No disimules conmigo.

CONDE:

Mal hiciera, y así digo
que, con ciega inclinación
me descubrió su afición
la infanta, y agora temo
que este favor tan supremo
no pare en algún pesar,
pues no sentir es pasar
de un extremo en otro extremo.

BLANCA:

Es ciega desconfianza;
que es un ángel soberano.
Vuelve a dar esa mano.

CONDE:

Sí, daré, con esperanza
de que no ha de haber mudanza
en mi dicha, y pediré
que en público te la dé
por merced al rey.

BLANCA:

Señor,
bien lo merece mi amor.
[..... -é].

CONDE:

Tuyo he de ser.

BLANCA:
¿Aunque pese
a la infanta?

CONDE:
Sí, señora.

BLANCA:
¡Gran dicha!

CONDE:
De quien te adora.

BLANCA:
¡Dulce bien!

CONDE:
Mi fin es ése.

BLANCA:
¡No cese tu amor!

CONDE:
¡No cese!

BLANCA:
Vete, pues.

CONDE:
Contigo quedo.

BLANCA:
¿Vas sin miedo?

CONDE:
Voy sin miedo.

BLANCA:
Juntos vamos.

CONDE:
¿Quién?

BLANCA:
Los dos.

CONDE:
Pues adiós, mi Blanca.

BLANCA:
Adiós.

CONDE:
¿Olvidarásme?

BLANCA:
No puedo.

Vase el CONDE

No podré olvidar, bien digo,
aunque se caigan los cielos;
pero podré tener celos
disimulados contigo.
¡Ay, esposo! ¡Ay, dueño amigo!
¡Cómo me has dejado lleno
el corazón de veneno!
¿Que la infanta quiere así?
¡Tened lástima de mí
alto monte, valle ameno!
No quise desconfiar
y encubrí la pena mía.
¿Qué amante que desconfía
da lecciones de estimar?
Agora salga el pesar
que en el corazón me dejas,
pues de mis ojos te alejas.
Salgan, salgan como entraron
pero, ¿cuándo se aliviaron

los pesares con las quejas?
A palacio vuelvo. Cielos,
hija y esposo me llevan,
permitid que no se atrevan
más a mi amor estos celos.

Salen GIL y BARTOLA a la puerta

GIL:
Blanca está llorando duelos.

BARTOLA:
Unos van y vienen otros.

GIL:
Aquí, aquí estamos nosotros.
¿Qué tienes?

BLANCA:
¡Celos tiranos!
¿Todo lo escucháis, villanos?
¡Dios me libre de vosotros!

Vanse y salen el MARQUÉS y la INFANTA

MARQUÉS:
Ya que volviste a palacio,
dejando montes y fieras,
oír, señor, pudieras
más atenta y más despacio
mis quejas y tus mudanzas,
mi desdicha y tu crueldad.

INFANTA:
¿Cómo ha de tener piedad
quien de muertes y venganzas
alimenta el pensamiento?
¿He de escuchar con rigor
lo que tú llamas amor
y yo llamo atrevimiento?

¿Cuándo usó discreto amante
de lenguaje tan villano?
Sed, marqués, más cortesano;
habladme de aquí adelante
en estilo superior.
El que sirve y galantea,
ni se queja ni desea,
ni aún ha de nombrar amor.

MARQUÉS:
(Con sus desdenes me cela.) Aparte
¡Qué rigor!

INFANTA:
(El conde viene, Aparte
y a la puerta se detiene.
¡Aquí industria, aquí cautela!)
Pues que tú y Blanca, marqués,
bien os queréis, a mi hermano
suplicaré que la mano
sin más dilación le des
que esto conviene a su honor.

Sale el CONDE

CONDE:
(¿Qué es esto que escucho, cielos?) Aparte

MARQUÉS:
(Si es que son hijos los celos Aparte
de la envidia y del amor,
quien celos pide amor tiene.
Ni negar ni conceder
será bien.) Podrás hacer;
mas voyme, que el conde viene.

Vase

INFANTA:
Conde, bienvenido seas.

Novedades hallarás,
pero después lo sabrás,
cuando de espacio me veas.
Aunque tú todo lo alcanzas
con discurso y con razón,
desdichas de Blanca son
no solamente mudanzas.
El marqués de Mantua y ella...
Ya me voy, que viene gente.
(Industria ha sido valiente Aparte
contra el rigor de mi estrella.)

Vase

CONDE:
Sin duda que es el mayor
tormento que el hombre alcanza,
pasar de la confianza
a la duda y al temor.
Verse un alma con amor,
fe segura y satisfecha,
cercada de una sospecha
rigor es, y tan extraño
que si viene el desengaño
casi, casi no aprovecha.
Blasoné del más dichoso,
presumí del más querido;
ni temí favorecido,
ni correspondí quejoso.
Ya infelice y sospechoso,
sin confianza ninguna,
de la esfera de la luna
caí en brazos del temor;
porque va dando al Amor
los pasos de la Fortuna.
Al rey quiero suplicar
que me dé a Blanca, y si ella
sin dudar, alegre y bella,
la mano me llega a dar,
no tengo qué sospechar;

no ama al Marqués, porque es llano
que no vive un cuerpo humano
teniendo, con división,
en un puesto el corazón
y en otro puesto la mano.

Sale el REY

REY:

Conde, tus brazos aguardo.
Blasonando eternamente
de soldado tan valiente
y de francés tan gallardo.
En hora dichosa vengas,
pues, como César, venciste.
Tus victorias me escribiste;
laureles dichosos tengas,
conde amigo.

CONDE:

El que en tu boca
mereció ese nombre oír,
bien se atreviera a pedir...

REY:

La mitad del reino es poca.

CONDE:

Blanca, señor...

REY:

No prosigas,
ni explicarse amor pretenda;
que basta que yo lo entienda.
No es menester que lo digas.

Salen la INFANTA y BLANCA

INFANTA:

¡Por vida del rey mi hermano,

y por los cielos, que es más
juramento, que si das
al conde Alarcos la mano,
y te arrojares a ser
suya, que el alma te aflija,
dando la muerte a tu hija,
pues la tengo en mi poder!
Ya publiqué mi venganza,
ya he confesado mis celos,
ya he jurado por los cielos.
Ni clemencia ni mudanza
puedes esperar de mí.

BLANCA:

Mal puede haber tiranía
en quien es la luz del día.

INFANTA:

No me has de obligar así.
Entre enojos y pesares,
necias las lisonjas son;
la mayor obligación
será si no te casares.

BLANCA:

¿Y cómo quieres, señora,
que aventurando mi honor,
no corresponda al amor
de quien me estima y me adora?

INFANTA:

¡Bárbara, calla esa injuria,
y a tu mal los labios no abras,
porque son esas palabras
alimentos de mi injuria!

BLANCA:

A quien eres corresponde.
Señora, ¡ten compasión!

INFANTA:

Ésta es ya resolución:
o sin hija o sin el conde.

REY:

Blanca hermosa, a tus cuidados,
que en la memoria los tengo,
dichoso dueño prevengo
que dejará coronados
de blasones y trofeos
los timbres de tus mayores.

BLANCA:

(Aquí logro mis amores.) Aparte

INFANTA:

(Aquí mueren mis deseos.) Aparte

REY:

Al conde tiene aquí.
Menos dueño no mereces.
Si mi cuidado agradeces,
dale la mano.

INFANTA:

(¡Ay, de mí! Aparte
Si se desposa con él,
seré asombro de mujeres.)

BLANCA:

Dime, señora...

INFANTA:

¿Qué quieres?

BLANCA:

¿Y que serás tan crüel?

INFANTA:

No provoques mi paciencia.

Daré ejemplos de crueldad.
Aspid seré sin piedad.
Tigre seré sin clemencia.
¡A tu hija daré muerte,
y aún te la daré a comer!

BLANCA:

(Amor, ¿qué tengo de hacer? Aparte
¡Trance es riguroso y fuerte!
Confusa estoy. Estoy loca.
¡Perdida soy, ay de mí!
Cuando quiero decir "sí"
me cierra un hijo la boca.
Tiéneme el amor tirano
entre la gloria y tormento,
como el enfermo sediento
que tiene el agua en la mano,
cuando los labios se arrojan
a beber, el corazón,
temiendo su perdición
les detiene; ellos se mojan,
y queriendo proseguir,
el temor los embaraza,
la fiebre los amenaza;
y entre el beber y el vivir
mira luchando a sus ojos,
con la dudosa inquietud,
las ansias de la salud
y el rigor de sus antojos.
Así yo, triste, así yo
temo, dudo y me fatigo.
"Sí" quiero decir, y digo
un "sí" que no es "sí" ni "no";
porque en estos accidentes,
aunque el alma le ha firmado,
se queda mal explicado
entre la lengua y los dientes.)

CONDE:

(Este silencio es dudar. Aparte

esta duda es no querer.
¿Si la ha turbado el placer?
¿Si la suspende el pesar?
Amor, ¿qué he de presumir?
¿Qué es turbación? Mas, ¡ay cielo!,
hallar en todo consuelo
no es bondad, es no sentir.
Si la mano señal es
que al alma se corresponde,
será la mano del conde,
siendo el alma del marqués.
Reloj es desconcertado
Blanca en sus acciones ya,
porque la mano no está
en el número que ha dado.
¡Ay, desengaño crüel,
y qué tarde que viniste!)

REY:

¿Cómo, Blanca, enmudeciste?
Pálido he visto el clavel
de tus mejillas. Responde.
¿Qué tienes? ¿Qué te ha turbado?

BLANCA:

Señor, el haber callado
me ha de agradecer el conde.
Si en la merced que me has hecho
conozco el honor que gano,
no le negaré la mano,
sí, abrí las puertas del pecho.
(Pero soy tan desdichada.) Aparte
Dame, señora, licencia.

INFANTA:

A prueba de mi paciencia
estás, Blanca, porfiada.
¡Mira lo que haces!

BLANCA:

(¡Embistan Aparte
mil tiranos desvaríos!
Valor tengo y tengo bríos
que tus crueldades resistan.
Deshoje, pues, tu rigor
un clavel recién nacido;
que con hija y sin marido,
no queda bueno mi honor.

[AI REY]

Por dueño al conde he aceptado;
digo mil veces que sí.

CONDE:
Déjame pensar a mí
pues tú, Blanca, lo has pensado.

REY:
Si el casarse es bueno y santo,
malo es sin duda también.
(Pues que, queriéndose bien, Aparte
éstos dos lo temen tanto,
bien hago yo en dilatar
a mi juventud gallarda
bodas que mi reino aguarda
y que tarde ha de lograr.)

CONDE:
(De sí mismo desconfía Aparte
el que de Blanca ha dudado,
pues es decir que ha pensado
que yo no la merecía.)
La mano, Blanca, te doy.

BLANCA:
Y yo, para agradecerte,
el alma.

INFANTA:

(¡Echada es la suerte! Aparte
¡Atrevióse! ¡Muerta soy!
Si es mi dolor sin segundo,
si son locos accidentes,
seré grima de las gentes,
asombro seré del mundo.)

Habla con RICARDO al oído y [él se va]

¿Oyes, Ricardo?

CONDE:

Señora,
cuanto el sol mira eminente
en los mares del poniente
y los mares del aurora
me da alegre el parabién.
Dije mal. Todas las cosas,
o corridas o envidiosas
mis glorias inmensas ven.

BLANCA:

Conde, tu amor reverencio,
mas cuando en ilustro modo
no se puede decir todo
es retórico el silencio.

CONDE:

Dénos vuestra majestad
la mano.

REY:

Viváis los dos
muchos años. Tomad vos,
y vos, Blanca, levantad.

CONDE:

A la infanta, mi señora,
pidamos también la mano.

INFANTA:

¿Qué te casaste, villano?

CONDE:

Sí, porque Blanca me adora.

INFANTA:

¿Y mi amor?

CONDE:

No lo creí.

INFANTA:

¿Y mi esperanza?

CONDE:

Fue flor.

INFANTA:

¿Y mis favores, traidor?

CONDE:

Nunca yo los merecí.

BLANCA:

Déme tu alteza la mano.

INFANTA:

Que os dé la mano bien es
la que os ha de dar después
el castigo más villano.

BLANCA:

En tu clemencia confío.

INFANTA:

¡Ah, falsa, que me has quitado
el esposo que he adorado!

BLANCA:

¡Ay, señora, que era mío!

REY:

Dale tu mesa este día
a Blanca, como se usó
en mi palacio, que yo
le daré al conde la mía.
Regala a la desposada.
Agasaja su belleza.
Ven, conde.

CONDE:

Vuestra grandeza
viva, señor, envidiada.

Vanse

BLANCA:

(Sola he quedado. ¡Ay de mí! Aparte
De estos favores me pesa.)

INFANTA:

No está bien aquella mesa
donde está; pasadla aquí.

BLANCA:

(Sobresaltos me molestan; Aparte
colores turban mi cara.
Estas honras perdonara
por el temor que me cuestan.
Ya he comenzado a sentir
el corazón tan estrecho
que no me cabe en el pecho.
Latiendo está por salir).

Sacan la mesa

INFANTA:

(¡Qué ame yo sin esperanza! Aparte
¡Que adore yo sin remedio!

Montes se ponen en medio.
Pasarálos mi venganza.
Ningún consuelo promete
el amor en mi pesar,
si no es sufrir y callar).
Poned ahí un taburete.
Y cante Porcia, que quiero
aumentar esta tristeza.

PORCIA:
Siéntese ya vuestra alteza.

INFANTA:
Dadme aguamanos primero.

Canta

PORCIA:
"Inhumanos son los celos,
pues a su envidiosa rabia
añade lisonja el ser
ministros de su venganza".

Siéntanse la INFANTA en una silla y BLANCA en un taburete,
sirviendo las damas la mesa. Dan aguamanos a la INFANTA
mientras canta PORCIA y BLANCA sirve la toalla. Sale
RICARDO con un jarro de plata con sangre y un corazón
entre platos

RICARDO:
Dime lo que determinas
que aquí está.

INFANTA:
(¡La acción es fiera!) Aparte
Déjalo ahí y salte fuera.

Pone el plato y vase

Sirvan damas y meninas.

Agua me diste y agora
aguamanos te he de dar.

BLANCA:

Ése no es modo de honrar
a tu criada, señora.
Yo me lavaré después
de comer.

INFANTA:

Es ignorancia
si ves que en Italia y Francia
ceremonia y uso es.
¿A las honras que yo ofrezco
qué francesa se negó?

BLANCA:

¿No se puede excusar?

INFANTA:

No.

BLANCA:

Pues, si es así, yo obedezco.
([..... -ón] Aparte
Honras dadas de esta suerte
halagos son de la muerte,
lisonjas de la traición).
¿Qué agua es ésta?

Échale la INFANTA sangre en lugar de agua

INFANTA:

No des voces.

BLANCA:

Dime, señora, ¿qué has hecho?

INFANTA:

No es nada, sosiega el pecho.

Es tuya, ¿no la conoces?

BLANCA:

Dime si ha sido amenaza
o si fue el mismo rigor.
¡Mátame presto el dolor!
Que el alma me despedaza
ver esta sangre en mis manos.

INFANTA:

Es decirte lo que fuera
si tu sangre se vertiera.
Avisos son.

BLANCA:

Y no vanos.
¡Qué sobresalto me has dado!

INFANTA:

Siéntate a comer.

BLANCA:

No puedo,
que la alteración y el miedo
los sentidos me ha quitado.

INFANTA:

Llega. ¡Acaba, impertinente!

BLANCA:

Cuando ve sangre delante,
vuelve atrás el elefante
porque es animal prudente.
De lo que tu alteza manda,
huír será más cordura.
Si es el agua sangre pura,
¿qué puede ser la vianda?

INFANTA:

Espanto de poco tienes.

¿Obedecerme no es ley?
Blanca, por vida del rey,
que me enoje si no vienes.

BLANCA:

Por excusar tus enojos
llego, el corazón turbado.
(Callad, lengua. Hablad, cuidado. Aparte
Sentid, alma. Llorad, ojos).

Vuelve a cantar y siéntase BLANCA en el
taburete y las damas sirven

PORCIA:

"Hidrópicos del enojo,
dudan sosiego en la saña
fingiéndoles su deseo,
la ejecución amenaza".

BLANCA:

¡Todo es turbación aquí!
¿Cuándo se ha dado por fiesta,
cielos, comida como ésta?
No acierto al plato, ni en mí
halla razón mi sentido.
El alma se ha desmayado,
la memoria se ha turbado,
el discurso se ha perdido.

INFANTA:

¿Por qué me llamas crüel?
Sin turbación ni recato,
come, Blanca, de ese plato.

BLANCA:

¡Un corazón hay en él!

INFANTA:

Sí.

BLANCA:
¿De quién?

INFANTA:
Rigor lo ha hecho
de una flor con su rocío.

BLANCA:
Antes pienso que es el mío
que faltó al plato del pecho.

INFANTA:
No pudo ser tan pequeño.

BLANCA:
Con el miedo sí podía.

INFANTA:
¿La sangre no te decía
cúyo es?

BLANCA:
Parece sueño.

INFANTA:
¿Qué dudas? ¿No das en ello?

BLANCA:
Si lo llego a presumir...
mas si sólo he de vivir
lo que tardare en creello
la vida dilato así.

INFANTA:
Y yo con esto consigo
mi venganza y tu castigo.

BLANCA:
¿Luego es de mi hija?

INFANTA:
Sí.

BLANCA:
¡Válgame Dios, pensamiento!
¿No os reprime esta violencia?
Que a veces tener paciencia
es falta de sentimiento.
¡Penetrad, voces, el viento!
¡Pedid de esta tiranía
justicia, venganza mía,
a los cielos! Bajad luego.
pues sois rayos hechos fuego
que mi corazón envía.
¡Hombres, fieras, montes, cielos,
dadme entre lástimas furia
para vengar esta injuria
de la envidia y de los celos!
Mis ojos son Mongibelos.
¿Cómo esta casa no encienden
y mis quejas no trascienden
las celestes vidrieras?
¿Cómo de las once esferas
iras de Dios no descienden?
¿Eres Circe sin piedad?
¿Eres bruto sin temor?
Pero vengar es razón
esta no vista crueldad.
En ti no, que mi lealtad
ha de salir a impedillo,
pero en mi pecho sencillo
se ha de mostrar el rigor,
pues tan poco es su dolor
que hubo menester cuchillo.

INFANTA:
¡Tened a esa loca presto!

Vase a dar con el cuchillo y tiénela las
damas, y sale el REY y después el CONDE y el MARQUÉS

BLANCA:

Temerosa es la malicia.
¡Justicia, cielos, justicia!

REY:

¿Quién da esas voces? ¿Qué es esto?

INFANTA:

Blanca en cuidado me ha puesto.
Arrepentida de ser
del conde Alarcos mujer
perdió el seso.

REY:

Bien decía,
cuando dudaba y temía,
que era falta de placer.

BLANCA:

Rey de Francia, hijo dichoso
de Carlo Magno, yo espero
que has de ser tan justiciero
como tu padre famoso.
Castiga, rey poderoso,
sin que tu sangre perdones,
las bárbaras sinrazones
de una mujer tan villana
que da a beber sangre humana
y da a comer corazones.

REY:

¡Qué lástima!

MARQUÉS:

¡Qué cuidado!

CONDE:

Poco duró mi alegría.
¿Pero qué mucho? Era mía.

BLANCA:

Si mi mal te ha lastimado,
¿cómo no te has indignado
con justicia rigurosa
contra una fiera envidiosa
que ha deshojado cruel
la púrpura de un clavel
y el corazón de una rosa?
Conde, dadme vos la muerte
pues perdimos este día
el alma que nos unía.
¡Muera de una misma suerte!

REY:

Mucho me lastima el verte.
Encerrad a Blanca aquí
mientras pasa el frenesí.

Vase

BLANCA:

¡Que te quedes sin castigo!

INFANTA:

La tema tiene conmigo.

BLANCA:

¡Esposo, volved por mí!

[Llévanla]

INFANTA:

Conde.

CONDE:

¿Qué queréis?

INFANTA:

Mirad

con quién os habéis casado.

CONDE:

Sol es. Vos le habéis turbado.

INFANTA:

No decís, conde, verdad.

CONDE:

O es desdicha o es crueldad.

INFANTA:

Es lo que vos no sentís.

Vase

CONDE:

Pues yo juro a San Dionís
que si fue lo que sospecho,
que el incendio de mi pecho
ha de abrasar a París.

ACTO SEGUNDO

Sale el CONDE solo

CONDE:

Varios pensamientos son
los que batallan conmigo.
¡Cómo es terrible enemigo
la propia imaginación!
Pensamientos tan violentos,
¿qué queréis? ¿Qué desvaríe
y de Blanca desconfíe?
¡Eso no, mis pensamientos!
Aunque en mí juntado esté
mi pensamiento tirano

lo que me dijo el villano,
lo que a la infanta escuché,
lo que me advirtió celosa,
lo que el marqués respondió,
lo que Blanca se turbó
lo que se quejó furiosa,
ni he de dudar ni sentir
un átomo de pesar.
Y esto no ha sido dudar
no fue sino discurrir.
Dejadme, vanos antojos.
Ninguno guerra me dé.
A Blanca quiero por fe.
Amor, cerramos los ojos.

Sale BLANCA a una reja

BLANCA:
¡Conde, mi bien!

CONDE:
(El amor Aparte
trae una voz a mi pecho
que las nieblas ha deshecho
de mis dudas y temor.
Quien está su voz oyendo,
¿cómo puede estar dudando?
Quien su voz está escuchando,
¿cómo puede estar temiendo?
Antes que vuelva a mirar,
quiero ver si estoy dudoso,
porque en viéndola, es forzoso
adorar y no dudar.
Pensamiento, ¿hay gloria? Sí.
Corazón, ¿Hay dudas? No.
Vuelvo a ver quien me llamó.
Fuerza es amor, ya la vi.
Ya la vi, no hay que dudar.
Ya la vi, no hay que temer.
Agora, agora placer,

es el tiempo de llegar).

BLANCA:

¿Cómo me negáis favores
si mi propia furia os toca?
Encerrada estoy por loca
y no por vuestros amores.
Mi dueño, amor es acuerdo
que no es locura el amar,
ni loca se ha de llamar
quien por vos el seso pierde.
Furia me dio la ocasión;
quejas me dio el sentimiento.
El que siente mi tormento
ése solo está en razón.

CONDE:

Cobrando la vida voy;
darme quiero el parabién.
¿No estás loca?

BLANCA:

No, mi bien,
aunque en no estarlo, lo estoy.
La que come el corazón
de una hija, estará cuerda
cuando más el seso pierda,
que los otros locos son.

CONDE:

¿Qué enigmas son éstas? Di.
¿Qué corazón has comido?

BLANCA:

¿Luego no me has entendido?

CONDE:

Mi bien, lo que presumí
es tal que no pienso en ello.
Cosa es, tan atroz, que hallo

que soy crüel en pensallo.
¡Mira qué fuera en creello!

BLANCA:

Presume, pues, un rigor
sin ley, sin razón, sin uso.
La infanta en la mesa puso
la vida de Blancaflor.

CONDE:

(Aquí animarla conviene; Aparte
consolarla es menester).

¡Ah, miserable mujer,
qué justas querellas tiene!
Un corazón generoso,
Blanca, no se ha de vencer
del pesar, ni del placer.
Caso ha sido lastimoso;
pero no se ha de sentir
de modo que parezcamos
que de razón nos privamos.
El valor está en sufrir
los golpes de la fortuna
con un rostro al mal y al bien.
Vida los cielos nos den
que al fin la de ambos es una
que venganza habrá y consuelo.
Callen, señora, las quejas.
Sale de prisiones y rejas.
Finge gusto, alegra el cielo
de tus ojos y entretanto
dame una mano.

BLANCA:

Y así
harás, esposo, que en mí
cesen las penas y el llanto,
porque entre glorias y enojos
mi corazón, más ufano
con la gloria de la mano,

no dará llanto a los ojos.

Dadas las manos

CONDE:

Los brazos habemos hecho
un pasadizo de amor,
por donde pase el valor
de mi pecho hasta tu pecho
que por las líneas y venas
darás fuerza al alma mía,
para templar la alegría,
para moderar las penas.

BLANCA:

Pues si tú estás consolado,
y uno nos hizo el amor,
decir podré a mi dolor
que la mitad me ha faltado.

Vase

CONDE:

Vete, y cesen tus enojos.
Prisa le di que se fuera
porque asomadas no viera
las lágrimas a mis ojos,
que, como las reprimían
los esfuerzos que yo he hecho
recogieron en el pecho
y ya de golpe salían.

Sale el REY

REY:

Conde, tu tristeza es mucha.
Esas lágrimas, ¿qué son?

CONDE:

Pedazos del corazón.

Rey cristianísimo, escucha:
Tu padre, gran señor, de quien blasona
el mundo que sus hechos son divinos,
y en dos águilas puso una corona
de los imperios griegos y latinos,
la vida de Carloto no perdona
por la muerte crüel de Valdovinos
porque con ser piadoso y ser cristiano
imitó la justicia de Trajano.
Imagen eres suya, y rasgo breve
de Dios llaman al rey algunos sabios,
porque en balanzas siempre iguales debe
pesar, sin excepción, nuestros agravios.
Aquí pasma la lengua, y no se mueve,
temiendo que al abrir mis tristes labios,
el cielo ha de tronar y sentimientos
han de hacer a mi voz los elementos.
Blanca sin tu licencia era mi esposa.
Quisímonos los dos secretamente,
y así de nuestro amor nació una rosa
de quien albas serán eternamente
mis ojos. Era flor, la más hermosa
que en los felices campos del oriente
a la risa y albor de la mañana
sus ojos desplegó de nieve y grana.
Pequeña estrella fue que apenas hace
vislumbres cuando expira en el ocaso;
fuente que en la ribera del mar nace
que vida y nombre pierde al primer paso;
jazmín que sin verdor y pompa yace
al trasmontar el sol. ¡Oh duro caso!
Corto vivir le destinó la suerte
pues que nació en los brazos de la muerte.
La infanta pues... ¡Oh cielos! ¿Quién diría
que tan rara beldad fuera inclemente?
Mas si la injuria lastimosa es mía,
¿quién fuera menos que ella el delincuente?
La infanta pues, señor, fue noche fría
que marchitó el jazmín. Fue el oriente
que la estrella eclipsó, y el mar ha sido

donde expiró el cristal recién nacido.
Añadiendo un portento a otro portento,
a comer se la dio. ¿De quién se escribe
que dé en un plato un corazón sangriento
pareciendo su mesa de un caribe,
que el viviente sea bárbaro alimento,
de la misma de quien el ser recibe,
que vuelva al centro de quien ha nacido
sepulcro haciendo lo que cuna ha sido?
¡Oh prodigio! ¡Oh rigor! Que no te creo
si bien a costa de mis propios males
te admiro, toco, siento, lloro y veo.
Si a furia tan atroz, si casos tales
negaréis la venganza que deseo,
apelaré a los rayos celestiales,
flechas del arco con que Dios nos tira
cuando levanta el brazo de su ira.

REY:

¿Qué te podré responder?
Porque tal atrocidad,
a no ser tú su verdad,
no se pudiera creer.
Rigor y enojos prevengo
y no sé cuál es mayord:
o la causa del rigor
o la cólera que tengo.
Considerarlo conviene.
Prudente demostración
pide tan fuerte ocasión.
Vete, que la infanta viene.

Vase el CONDE y sale la INFANTA

Viendo, infanta, que ha salido
el conde Alarcos de aquí,
de verme enojado a mí
la causa habrás entendido.
Cerrar quiero. No es razón
que descompuesto me vean

y que partícipes sean
los hombres de tu traición.

INFANTA:

(Tengo condición tan fiera Aparte
que no sentiré desmayos
aunque fulminase rayos
contra mí la cuarta esfera.
No he de negar mi rigor,
y fingir pienso mi culpa;
que está en mi misma disculpa
el remedio de mi amor).

REY:

Dime, bárbara imprudente,
¿refiérese acción tan fea
de Circe ni de Medea?
¿Muerte das a una inocente?
¿Qué te ha movido, crüel,
a tan loca tiranía?
Tú no tienes sangre mía
en ese pecho si en él,
desterrada la piedad,
vive furioso rigor.

INFANTA:

Templa el enojo, señor,
yo te diré la verdad.
Yerro fueron por amores.
Amé al conde Alarcos.

REY:

Di.

INFANTA:

Entró en mi cuarto y allí
recibió de mí favores.
Casóse, halléme perdida.
Negóme, halléme celosa.
Vi a Blanca, halléme envidiosa.

Sentílo, halléme atrevida.
Pensé aquella tiranía,
Ricardo la ejecutó,
y por eso se ausentó.

REY:

¡Gran castigo merecía!
(Mayor es ya mi cuidado Aparte
y mis dudas son mayores.
¿Teniendo el conde favores
de la infanta, se ha casado?
¿Si ha fingido ésta su amor,
y contra sí misma miente?
Que quien mata a un inocente
matará a su mismo honor.
Mas no; que en humano pecho
nunca hay furia tan crüel
cuando no entraron en él
un agravio y un despecho.
El alma tengo turbada.
Por divertirme abriré).

INFANTA:

(Di a entender lo que no fue. Aparte
Creyólo. Estoy disculpada.
Mis favores no ha admitido
el conde. Desprecios son
los que siente el corazón,
que el honor no está ofendido).

Vase. Salen el MARQUÉS y el CONDE y BLANCA

REY:

¡Hola!

MARQUÉS:

¿Señor?

REY:

¿Quién responde?

MARQUÉS:

Yo, porque de guarda soy.

REY:

Yo, marqués, al campo voy.
Prevenid la caza. Conde,
muy mala cuenta habéis dado
de mi amor y mi privanza.

CONDE:

¡Ah, señor! (Esta mudanza Aparte
dice que soy desdichado).
¿Quejas y enojos conmigo?
¿Yo de serviros? ¿En qué?

REY:

Seguidme y os lo diré.

CONDE:

Siempre con el alma os sigo.

BLANCA:

Miradnos, señor, con ojos
de más piedad a los dos.

REY:

Entiendo, Blanca, que en vos
han de dar estos enojos.

Vase

BLANCA:

¿Qué es esto, conde?

CONDE:

No admira
esto al prudente varón
que sabe la condición
de la Fortuna. Quien tira

al cielo flechas, ¿qué espera,
si es que forzoso ha de ser
que cuando vuelva a caer,
en la cabeza le hiera?
De la infanta hablé quejoso;
mis flechas caen amagando
porque esto sucede cuando
se quejan de un poderoso.

BLANCA:

Señor, dejar a palacio
será vivir en quietud,
salir de esta mal salud;
y será vivir despacio.
El enojo del rey pase.
Del fuego decirse suelo;
"Ni tan lejos que te hiele
ni tan cerca que te abraze."
Retirémonos, amigo,
que pienso que aún es mejor
su hielo que su calor.
No habrá soledad contigo
en un monte para mí.

CONDE:

De que yo a tu cuarto entré
y tus favores gocé
y de que tu esposo fui
sin su licencia, procede
este rigor de sus ojos;
mas decir que sus enojos
han de dar en ti, ¿qué puede
significar?

BLANCA:

Dueño mío,
éste es palacio crüel;
huyamos agora de él.

CONDE:

¡Adiós, mar; adiós, bajío
donde encalla toda nave!
¡Adiós, veneno gustoso,
encanto dulce! ¡Dichoso
quien de ti escaparse sabe!

Vanse. Salen RICARDO, de labrador, y TIRSO

RICARDO:

Aquí, Tirso, en efecto
con este traje y con llamarme Fabio,
vivir pienso secreto,
huyendo como sabio
el rigor de una infanta
que aún a las fieras de ese monte espanta.

TIRSO:

¡Dichoso tú, Ricardo,
que desengaños de palacio tienes!
Yo tus secretos guardo;
seguro estás, pues vienes
temiendo esos enojos y rigores,
a vivir entre humildes pescadores.

Sale GIL

GIL:

Ninguno venga a quitarme
hasta que yo los avise,
pues ser desdichado quise.

TIRSO:

Gil, ¿adónde vas?

GIL:

A ahorcarme.

TIRSO:

¿Tal maldad quieres hacer?

GIL:

¿No he de estar desesperado
de tantos siglos casado?

RICARDO:

¿Cuándo te casaste?

GIL:

Ayer.

La condición de Bartola
ha de hacer que muera o huya.

RICARDO:

¿Qué condición es la suya?

GIL:

Gusta siempre de estar sola.
Siempre me está regalando.
Callando está todo el día.
No dice esta boca es mía
y hace cuanto yo la mando.
Si la vido no me quito,
¿quién podrá sufrir tal pena?

RICARDO:

¿Pues esa mujer no es buena?

GIL:

¿Y el ser propio no es delito?
Por ser buena aguardé a hoy
el ahorcarme; que a ser
mala, me ahorcara ayer.
Un árbol buscando voy
que me convida y anime.

TIRSO:

Vuelve a pescar, mentecato.

GIL:

Déjenme colgar un rato;

veré si Bartola gime.

RICARDO:

¿Después de muerto has de vella?

Sale BARTOLA al paño

BARTOLA:

¿Bamboleas, Gil?

GIL:

Aún no.

BARTOLA:

¿Aún no te has colgado?

GIL:

Yo

se la d[aré] de dos a ella.

RICARDO:

Lazos del demonio son.

GIL: Digo que soy infelice.

Habiéndola visto, dice

que yo no tengo razón.

TIRSO:

El río está sosegado.

¡A pescar! Deja de extremos.

Trae, Bartola, aquellos remos

de ese barco que está atado

en esa margen florida.

Trae tú la red.

GIL:

En efecto,

no me ahorco.

Vanse los [tres]

RICARDO:

¿Qué discreto
no busca esta simple vida?
Con miedo de la crüel
infanta a este campo vengo,
donde amor de padre tengo
a una flor. ¿Mas no es aquél
el rey? Sí, y el conde Alarcos
le sigue. Mucho sintiera
ser conocido. Si hubiera
retirádome a esos barcos,
más seguro estaba. Así
me pienso disimular.
Dejarlos quiero llegar.

Salen el REY y el CONDE

CONDE:

Ya me tienes, rey, aquí.

REY:

Vete, villano,.

RICARDO:

Sí, haré.
(Esto, ¿qué misterio esconde? Aparte
Demudado viene el conde.
¡Oh, quién supiera de qué!)

Vase

REY:

Saca la espada.

CONDE:

Señor,
para rendirla a tus pies,
bien está como la ves.

REY:

Delitos contra el honor
y contra la autoridad
de mi persona, no es ley
castigarlos como rey.
Depongo la autoridad.
Saca la espada.

CONDE:

La vida,
rey, es tuya. De esta suerte
me tiene de hallar la muerte.
No hay defensa que lo impida
que el rey al hombre leal
no hace injusticia ni agravios,
y así es sólo en los labios
la defensa natural,
no en las manos. No me toca
resistir esta violencia.
Sólo, si me das licencia
habrá defensa en mi boca.
De los enojos que sientes.

REY:

Tales, ¡oh, traidor!, han sido
que a estos campos me he venido
con asombros de las gentes,
y aún diciéndolos aquí,
de las fieras y las aves
tendré vergüenza. Bien sabes
la causa.

CONDE:

(¿Porque me vi Aparte
con Blanca en su cuarto han sido
sus enojos? Bien despacio
los recelé. Entré en palacio.
Es su prima. Fui atrevido).

REY:

¿Cómo, osado, te atreviste

si respetar el valor
de mi sangre y el honor,
que es una deidad que asiste
como rayo de luz pura,
y diste pasos traidores
para gozar los favores
de aquella nueva hermosura?

CONDE:

(Bien temí). Aparte
Señor, no puedo
negar que yo me atreví
y que la mano le di,
convencido en todo quedo,
pero discúlpame Amor.

REY:

Pues si la mano le has dado,
¿cómo, traidor, te has casado?

CONDE:

Por eso mismo, señor.

REY:

Tu delito castigaba
porque saberlo quería,
que hasta aquí no le creía.
Hablé como quien dudaba;
mas ya que lo confesaste,
mira tú qué debo hacer.

CONDE:

Errores de una mujer
y de un hombre a quien honraste
con tu privanza y amor,
si Amor lo supo causar,
bien se deben perdonar.

REY:

Quien su mano y su favor

mereció, y en su aposento
entró como falso amigo,
cuando quede sin castigo
de su loco atrevimiento,
¿cómo ha de satisfacer
en deshonor tan extraño?
Piensa el remedio del daño
que tú el jüez has de ser.

CONDE:

Ni inconveniente ni yerro
pienso que hay. Tu majestad
no dé aquesta soledad
por castigo y por destierro.
Viviremos Blanca y yo
en esta aldea y esta casa,
mientras que tu enojo pasa.

REY:

¿Cómo, si no se enmendó
el agravio, osas decir
que el enojo ha de pasar?
Esto se ha de remediar.

CONDE:

¿Cómo?

REY:

Blanca ha de morir.

CONDE:

¿Qué dices? ¡Válgame Dios
y válgame su piedad!

REY:

¡Hola!

Sale [un PESCADOR]

[PESCADOR]:

¿Señor?

REY:

Barrenad
un barquillo de esos dos,
y llegadle a la ribera.

Vase [el PESCADOR]

Tú has de ser ejecutor
de este lícito rigor.
¡Pon en él a Blanca, y muera!

CONDE:

Famoso rey que tuviste
famosos progenitores,
porque en serlo la grandeza
del ánimo se conoce,
a mis desdichas atiende.
Podrá ser que te reportes
que ruegos vencen a Dios
cuando fulminan rigores.
No es generoso valor
referir obligaciones,
pero la acción se disculpa
si es ingrato quien las oye.
El conde de Irlos, mi padre,
tus lirios y tus pendones
tremoló en Persia, y sus hechos
no habrá olvido que los borre.
Yo en las guerras de Alemania
inmortal hice mi nombre,
pero tengamos silencio.
Callad, lengua, que se corren
con la alabanza los ojos.
Duro trance es el que pone
a un magnánimo varón
en referir sus acciones.
Una vez, cuando vinieron
de los peligros de un monte

las Rosas de Ingalaterra
con lucidos escuadrones,
te vi en un trance sangriento,
amor es lince --perdonen
las águilas caudalosas--
más ve el amor, dando voces.
Animabas a tu gente
y con bizarro desorden
te empeñaste en tus contrarios,
error y aliento de joven.
Conocieron tus insignias,
y como suelen legiones
de solícitas abejas
embestir a los que rompen
la oficina donde labran
oro líquido, así corren
a embestirte los ingleses;
porque el fruto reconocen
de la presa, y tú, vencido
de ti mismo que no es bronce
el cuerpo humano, te viste
sin caballo y en prisiones.
Pero yo, como los rayos
que de cálidos vapores
en las nubes se engendraron,
haciendo que los aborte
su mismo impulso tronando,
me arrojé furioso donde
miré el confuso tropel,
y de allí con los favores
de mi amor y la fortuna,
en los hombros españoles
de un caballo te escapé
porque no haya dos que ignoren
la dicha debida a un rey.
¿Cuándo, dime, mortal hombre
dio vida, dio libertad
a un dios pequeño? Que dioses
son los reyes que de rayos
quiere Dios que se coronen.

¿Por cuál de estos beneficios
me mandas hoy, rey, que corte
como Parca inexorable
la vida dichosa y noble
de un ángel en hermosura,
unión de las perfecciones
que copió naturaleza
para admirar a los hombres?
No llegues a ser crüel,
rey famoso, aunque te enojés.
Los hombres particulares
pueden cometer traiciones,
homicidios y crueldades,
el rey no. Ejemplo nos pone
Dios en los mares y ríos:
que éstos apacibles corren,
y cuando las lluvias hacen
que su caudal fuerza cobre,
excediéndose a sí mismos
con vana soberbia rompen
los puentes de mármol tosco
y los márgenes de flores.
Inundan verdes campañas,
émulos del Nilo, donde
vimos fieras vemos peces,
porque así se nos antojen
pedazos de plata viva
que haciendo van caracoles
en las ondas. Pero el mar,
rey de las aguas, el orden
y la ley que Dios le puso
guarda siempre, y cuando montes
amenazan con trabucos
de cristal porque se asombren
sus márgenes y riberas,
vuelven sus ondas salobres
atrás, quebrando su furia,
y parece que se encoge
en sí mismo, respetando
los términos que le impone

la madre naturaleza.
¿Por qué no han de ser conformes
en costumbres mar y ríos,
rey y vasallos? ¿Qué enormes
delitos he cometido
para que mi acero moje
en sangre inocente sangre
que merece que la adoren
mis ojos como a deidad
de los celestiales orbes?
Blanca, que es preciosa joya
donde están fijas al tope
las virtudes, excediendo
diamantes y tornasoles
del cielo, ¿debe morir?
No, rey mío, no blasonen
con Falaris ni Diomedes.
¿Qué crueldades más atroces
se vieron? El rey cristiano,
¿Hay razón que no perdone
a la virtud y hermosura?
Ya se escribe de leones
que reprimieron sus garras
viendo a la sombra de un roble
una mujer que durmiendo
eclipsaba sus dos soles.
Fuera de que, en morir yo,
nos das tormentos mayores,
pues Blanca, viendo mi muerte,
es fuerza que sangre llore
hasta morir, distilando
dos almas, dos corazones,
y yo el apartarme de ella
he de sentir más que el golpe
de la guadaña fatal.
¿Para qué quieres que sobre
mi vida? Dame la muerte,
será piadoso renombre,
y danos vida a los dos.
Déjanos morir de amores.

Quizá estás mal informado.
No te ciegues, no te arrojes
a castigar y a creer,
que si el aliento de un hombre
suele manchar el cristal
los ampos y resplandores
bien podrá manchar la envidia
a la verdad. ¿No respondes?
¿No hay clemencia? ¿No hay piedad?
¿Así te vas? Pues mis voces
penetren cielos; que al fin
las orejas de Dios oyen
y su verdad permanece
aunque el cielo se transforme,
aunque se quiebren sus ejes,
aunque en las humanas cortes
andan rigores, envidias,
desdenes y sinrazones.

REY:

Dala en ese barco al río,
y serán ejecuciones
de mi rigor otros brazos
indignos de que la toquen.

Vase y sale BLANCA

BLANCA:

Conde, amigo, ¿qué tenías
que te sentí dando voces?

CONDE:

¡Blanca infelice!

BLANCA:

Prosigue,
¿por qué callas? ¿No respondes?

CONDE:

Tú has de morir y yo mismo

he de ser --¡oh, qué rigores!--
quien tu vida infeliz quite,
quien tu luz hermosa borre.

BLANCA:

¿Cómo, señor, es posible
que amando yo no te acuerdes
de lo bien que me quisiste
si no de lo que me quieres?
Pues no te obligan, mi bien,
amor y gustos presentes,
oblíguente los pasados
más dichosos, más alegres.
¡Cielos! ¿Pues a tanto amor
ingratamente se debe?
Si es delito el adorarte,
ése he cometido siempre.
¿Tú me matas, dueño mío?
¿Tú pasas tan brevemente
del amor y las finezas
al rigor y a los desdenes?
Pasar de un extremo a otro
sin los medios, no se puede;
pasar de amar a matar
sólo conmigo acontece.
Acuérdome que en mis brazos
repetiste muchas veces:
"Estos montes faltarán,
no el amor que el conde tiene".
Muero acordándome de esto.
Memoria, no me atormentes,
y si eres sirena calla;
si eres basilisco duerme;
si eres cocodrilo ríe;
porque son contrarios fuertes
la voz, la vista y el llanto
para una vida inocente.
Los montes se están constantes.
¿Quién a mí me da la muerte?
Pero no es la culpa tuya.

Mis desdichas la merecen.
No sentiré yo el morir;
sólo sentiré el perderte.
Que ya sé que es nuestra vida
en lo hermoso y en lo breve
vela que arde y se consume
con su misma luz. Claveles
que, con sus hojas de grana
y con sus listas de nieve,
a la aurora van rompiendo
aquella camisa verde,
viven mientras ven al sol
y expiran cuando anochece.
La Fortuna viene en ruedas.
¿Qué mucho que dé vaivenes?
El tiempo camina en alas.
¿Qué mucho que el tiempo vuele?
La muerte corre la posta.
¿Qué mucho que presto llegue?
El tiempo, muerte y Fortuna
sin resistencia nos vence.
Yo subí para caer,
gocé para entristecerme,
floreí para secarme.
Pasó veloz por los bienes
para llegar a los males.
Caminé por el deleite
para dar en el tormento.
Humo soy y sombra leve,
pues nací para morir.
Quien esto sabe no teme.
Sólo, señor, es razón
que me estremezca y que tiemble
de imaginar que mi fama
estas desdichas padece.
Los que ven que tú eres justo,
[..... -e-e]
los que ven que eres discreto,
cuando matarme te vieren,
¿qué han de decir? ¿Que yo triste

culpada soy? Que lo piensen
no es maravilla. Yo misma
lo pienso. Que tú no puedes
ser injusto, ser tirano,
ser crüel, ser impaciente.
Sin duda que estoy culpada
y que mis ojos te ofenden
en no quererte, señor,
tanto como tú mereces.
Mátame, pues, si es tu gusto;
que no es bien que inobediente
sea a tu voz, y si lo he sido,
la dulce vida me cueste.
Sólo, señor, te suplico
que no te cases ni yerres
segunda vez ya que yo
nunca pude merecerte.
Y si ha de ser con la infanta,
mira que es falsa y aleve
y tu sangre ha derramado
y estas acciones prometen
que no ha de quererte bien.
Tarde las injurias mueren,
porque teme quien las hace
y quien las recibe siente.
¡Mátame, pues! Mas, ¡ay triste!
El ánimo desfallece.
Vanos fueron mis esfuerzos;
la humana flaqueza teme.
¡No me mates, dueño mío!
¡Oh, si estuviera presente
aquel ángel que mataron,
porque pudiera valerme
intercediendo por mí!
Permíteme que me queje;
que yo otras armas no tengo.
Lágrimas son, que otras veces
llamabas perlas, y agora
llamarse corales pueden,
pues es sangre lo que lloro.

¿Que no puedo enternecerte?
¿Que no merezco obligarte
a mis voces? No se nieguen]
las piedades a mi llanto.
¡Oíd, esferas celestes,
unas quejas desdichadas!
Estremézcanse los ejes
en que estribáis las estrellas.
No brillen, no, rosicleres
sino sombras y tristezas,
y las nubes del oriente
no se tiñan de carmín.
Horror y luto nos muestren.
Los elementos se paren,
sus calidades se truequen.
Firme el aire, ande la tierra,
queme el agua, el fuego hiele,
pues se ha mudado un amante
que ha merecido laureles,
que es vencedor de sí mismo
para asombro de la gente.
Cielos, elementos, sombras,
volved por Blanca, que muere
injustamente a las manos
del que adoró y amó siempre.
Tened piedad, oh vosotras
mudas y sordas paredes,
que pienso que amenazáis
ruín, por parecerme.
Mas, ¿qué digo? Mas, ¿qué lloro?
¿Yo quejarme? ¿Yo valerme
de nadie contra mi dueño?
Dulce esposo, aquí me tienes.
No me quejo, no resisto.
Corta el cuello, el pecho hiere,
saca el alma, el vivir quita.
Goce el conde, Blanca pene.
Haz tu gusto, acabe el mío.
Mi luz vaya, tu luz quede.
Vivas tú, muera mi fama.

Dios te ayude, Él no me deje;
que a más allá del morir
ha de amar la que te quiere,
y mi amor ha de pasar
los términos de la muerte.

CONDE:

Tiemblo de escucharte y verte.
Cada lágrima es un rayo,
cada palabra un desmayo,
cada suspiro una muerte.
Señora, violencia es
del rey, que me está mirando.
Ese barco está esperando
para ser tumba después.
Entra en él. ¡Ay, dueño mío!
Quizá hallarán más piedad
tu inocencia y tu verdad
en el cristal de ese río.

BLANCA:

Yo obedezco. En despedida
tus brazos, conde, me den
ahora el último bien
de mi desdichada vida.

CONDE:

Morir quiero, y el rigor
más tirano es el más justo;
no quiero morir de gusto
pues no muero de dolor.

BLANCA:

¿Ya me niegas?

CONDE:

No es negarte;
que tu muerte siento así
y darte a ti por ti
no es dejarte, es adorarte.

BLANCA:

No quiero considerar
qué pasos son los que doy.
Pues que la muerte te doy
con razón podré animar
el alma que desfallece.
¿Qué desdichado se fue
al suplicio por su pie,
que este barco lo parece?

Vase

CONDE:

¿Yo he de ser ejecutor
de esta tirana violencia?
Que en efecto es más decencia
si bien será más dolor.
A las aguas encomiendo
esta vida que me mata,
porque el alma me arrebató
con dulce gloria viviendo,
muriendo con tristes penas.

Dentro BLANCA

BLANCA:

¡Adiós, mi esposo y mi bien!

CONDE:

¡Favor, señora, te den
las aguas y las arenas!
Nubes, timbres de los vientos,
nubes que os rasgáis tronando,
¿para quién o para cuándo
guardáis los rayos violentos?

Dentro BLANCA

BLANCA:

Esposo, adiós.

CONDE:

Él te guía.

Ya la corriente furiosa
lleva el alma más hermosa.

Dentro BLANCA

BLANCA:

¡Conde, amigo!

CONDE:

¡Blanca mía!

[..... -osa]

Vuelcos la barca va dando.

Ya, cielos, se va anegando

aquella temprana rosa,

y ya entre la espuma fría

se apaga su sol ardiente.

¿Para cuándo un rayo ardiente

guardas, sacra monarquía?

¡Sepulten a un desdichado

los cóncavos de la tierra!

Mas, cielos, ya le hace guerra

el viento fuerte y airado.

Ya fluctúa, ya zozobra.

Ya se hunde, ya perece.

Ya el agua se ensorbece.

Ya entre sus ondas se ahoga.

Ya murió. ¡Lance penoso!

Ya yo no quiero la vida

que la doy por bien perdida

en lance tan lastimoso.

Dentro BLANCA

BLANCA:

[¡Hola, ya me voy ahogando!]

¡Conde Alarcos, dueño, esposo!

CONDE:

¡Qué trance tan lastimoso!

Dentro BLANCA

BLANCA:

¡Adiós!

CONDE:

Ya se va anegando.

¡Oh, cómo la quise poco
pues en acto tan esquivo
la estoy escuchando vivo!
Tras ella voy.

Salen el REY y la INFANTA

REY:

¡Tente, loco!

Ya, en las ondas sumergida,
falleció desdicha tanta.
Dale la mano a la infanta.

CONDE:

¿Esto más? ¡Estoy sin vida!
¿Cómo quieres que le dé
mano que sangrienta está,
cuando agonizando va
el ejemplo de la fe?
¿A amor quieres, rey, unir
muerte y bodas? ¿Una mano
que fue verdugo inhumano
ha de querer recibir
la infanta?

REY:

¡Dásela luego!

CONDE:

Aún vive Blanca.

REY:

No vive.

Llega y la mano recibe
de tu esposo.

INFANTA:

¡Alegre llego!

Turbada de gusto voy.

Danse las manos

CONDE:

(Ésta es segunda violencia. Aparte
¡Paciencia, cielos paciencia!)

INFANTA:

Tuya soy.

CONDE:

Y tuyo soy.

REY:

Agora no me veáis
hasta que ordene otra cosa.

Vos desleal, vos celosa,
ambos enojos me dais.

Vase

INFANTA:

(Ya conseguí mi deseo. Aparte
Como yo esta gloria tenga
no hay desdicha que me venga.
¿Qué más bien? ¿Qué más trofeo?)

CONDE:

(Aquél que no prevenido Aparte
recibe un golpe eminente,

parece que no lo siente
de puro estar sin sentido;
mas al punto que le deja
la privación, vuelve en sí,
sobra el sentido y así
siente el dolor y la queja.
En tu muerte fui perdiendo
el sentido, Blanca mía.
Entonces no lo sentía,
ahora lo voy sintiendo).

INFANTA:

Si a Blanca tus ojos lloran,
conde, ya tienes en mí
otra alma que vive en ti
y otros ojos que te adoran.

Mirando hace dentro el CONDE

CONDE:

(¡Piadoso río, detén Aparte
la corriente, el curso enfrena!)

INFANTA:

Conde, basta ya la pena.
La infanta te quiere bien.

CONDE:

(¿Si habrá muerto? Sí, que el río Aparte
corre soberbio y furioso).

INFANTA:

Basta el sentimiento, esposo,
que será desprecio mío.
Vuelve en ti, despierta, escucha.
¿Cómo tu tristeza es tanta?

CONDE:

¿Aquí estás?

INFANTA:
Y amando.

CONDE:
Infanta,
mucho es mi tristeza.

INFANTA:
¿Mucho?

CONDE:
Pues no muerdo, poco ha sido.

INFANTA:
¿No te consuela mi mano?

CONDE:
Perdí el bien más soberano.

INFANTA:
¿No es mayor que el que has perdido
el que tienes? Tuya soy.

CONDE:
Yo de Blanca.

INFANTA:
Eso es desprecio.

CONDE:
El amor.

INFANTA:
Es ser un necio.

CONDE:
Pues no muerdo, sí lo soy.

INFANTA:
¿No eres mi esposo?

CONDE:
Diría
de sí y no.

INFANTA:
¿Cómo, tirano?

CONDE:
Sí, porque te di la mano;
no, porque el alma no es mía.

INFANTA:
¡Tuya soy!

CONDE:
El rey lo ordena.

INFANTA:
¿Tendrás fe?

CONDE:
¡Con mi memoria!

INFANTA:
Si soy tuya, ¿qué más gloria?

CONDE:
Muerta Blanca, ¿qué más pena?

ACTO TERCERO

Salen RICARDO y BLANCAFLOR, con vaquero y sombrero

RICARDO:
Altos son tus pensamientos,
hija, mira que te engañas.

Las fieras de las montañas
y las aves de los vientos
sigues, y con ansias tales,
que has pretendido igualar
del correr y del volar
a todos los animales.

BLANCAFLOR:

No soy, padre, inobediente.
Sólo a obedecerte aspiro;
pero al monte me retiro
porque me cansa la gente.

RICARDO:

(El rey viene cada día Aparte
a estos montes. No quisiera
que alguno me conociera).
Voyme a pescar, hija mía.
Queda en paz.

[Vase]

BLANCAFLOR:

Si calidad
--¡oh, cielos!-- me habéis negado,
¿Por qué no me habéis quitado
la soberbia y vanidad?

Salen BLANCA, con un tabique de flores, y SILVIO

SILVIO:

Sólo agradecerme puedes
el secreto; que hay también
respetos de hombres de bien
entre los barcos y redes.
Esta Diana, a quien tienes
afición, te está esperando.
Quiero dejaros hablando.

Vase

BLANCAFLOR:

¡Oh, [Diana], a qué tiempo vienes!

Sin tu alegre compañía
triste es el sol, seco el prado,
pena el gusto, el bien prestado,
muerte el vivir, noche el día.

Y tras esto no me quieres
porque, oyendo murmurar
que no eres de este lugar,
nunca me has dicho quién eres.

Sangre tienes principal
si no es villana malicia.

BLANCA: Escucha, tendrás noticia
de mi bien y de mi mal.

En ese río que ves,
mi esposo, al rey obediente...

Pero agora viene gente,
ya lo contaré después.

Sale la INFANTA

INFANTA:

Ve, labrador, haz salir
las serranas a este prado,
que de un pesar y un cuidado
me pretendo divertir.

BLANCA:

(¡Nuevamente soy perdida! Aparte

Que es la infanta viva historia
que me trae a la memoria
las desdichas de mi vida.

Es un espejo en que veo
cifradas muchas congojas,
y es un libro en cuyas hojas
abismos de penas leo.

Inmortal debe de ser,
pues no me acaba el pesar.
Segura puedo llegar.

Mal me podrá conocer).

BARTOLA:

¿Su reverencia ha llamado?

PASCUALA:

¿Qué quiere su señoría?

INFANTA:

Parecer serrana un día
en las flores que a este prado
hacen rústicos tapetes.
¿De qué, serranas, vivís?

BARTOLA:

Todas llevan a París
a vender sus ramilletes.

INFANTA:

Llegaos, porque mi tormento
a voces ha de salir
del alma, o he de morir
porque si callo, reviento.
Hoy en ese monte daba
sus quejas el alma mía.
Ni la fiera respondía
ni el ave me consolaba.
Los ecos las escucharon
y consuelo no me dieron,
que, como las repitieron,
el tormento me doblaron.

BLANCA:

¿Quién duda que tenga amor
su merced, como solía?

INFANTA:

No es esa pasión la mía.

BLANCA:

Doyle albricias. Esta flor
tome por eso, que yo
que a nadie amara, quisiera,
y que un reino la flor fuera.

INFANTA:

Mi voluntad la estimó.
¿Quién dirá que puede ser
lo que mi alma padece
mirar a quien aborrece?

BLANCA:

¿A quién puede aborrecer
la que tiene tal marido?

INFANTA:

A ése mismo tan villano
que en sólo darme la mano
ser mi esposo ha parecido.

BLANCA:

¿A villanas cuenta así
si misma pena y pasión?

INFANTA:

Sí, porque públicas son
y es alivio para mí.
Sentaos, porque entretenerme
quiero mirándoos hacer
ramilletes.

Siéntanse

BARTOLA:

Bien decía
su reverencia, porque es
desdicha tener marido
a disgusto. Siempre habré
de experiencia, porque Gil
es una bestia, y ayer

la desdicha me mató
un asno que era el joyel,
y el marido me ha dejado.
Si la muerte ha menester
un pollino grande y bueno,
¿por qué me dejó, por qué,
el marido?

Sale GIL

GIL:
Porque ha de ir
delante la burra, y si es
Gil malo y Bartola buena,
los dos mentimos a fe.

BARTOLA:
¡Ay de mí, que me ha escuchado!

INFANTA:
¡Vete, necio!

GIL:
No están bien
sin gallo tantas gallinas.

INFANTA:
Divertidme. Cantad, pues.

Cantan haciendo ramilletes

[TODAS]:
"En las selvas de París
sigue las fieras el rey,
Adonis es de los montes,
Marte de los campos es".

Salen el REY y el MARQUÉS, y quédanse a la puerta

MARQUÉS:

Con las serranas está.

REY:

Y aún una de ellas, Marqués,
es la que vengo siguiendo
y es la beldad que el pincel
de Malgesí dibujó
con su mágico saber
en el fantástico espejo
y en mi mente conservé
casi tres lustros. Y agora
pienso que mis ojos ven
trasladado del cristal
el rostro en que imaginé,
con tal afecto y memoria
que al volar o que al correr
de los años, no he podido
apartarme un punto de él.

MARQUÉS:

Sabré quién es. ¡Ah, villano!

GIL:

¡Ah, jodío!

MARQUÉS:

Siempre fue
descortés vuestra malicia.
Decidme, amigo, ¿quién es
la serrana de las plumas?

GIL:

Es, señor, una mujer.

MARQUÉS:

¿Qué mujer?

GIL:

Mojer del mundo.

MARQUÉS:
¡Calla, bestia!

GIL:
¿Había de ser
del cielo? ¿Todas no son
de este mundo? Llevensé
si se han de llevar alguna
la que está [cabe] ella.

MARQUÉS:
¿Quién
es ésa? Di.

GIL:
Mi velada,
con perdón de su mercé,
y grande gusto me hacían.

REY:
¿Quién es la hermosa?

GIL:
No sé
más de que salta por montes,
como una cabra montés,
tras los conejos y gamos.
Su marido pienso ser.

MARQUÉS:
¿No eres casado?

GIL:
Señor,
que me forzó alegraré,
una abuela que tenía,
y catadme viudo, que es
el remedio.

REY:

¡Oh, quién pudiera
hablarla de espacio y ver
desde cerca su hermosura
que en la memoria copié!

MARQUÉS:
Retírate.

REY:
¡Amor, no flechas
tan osado y descortés
tus flechas sin ver la mano
que vibra el arco crüel!

Vase

VOCES:
¡Ataja, ataja! Que un gamo
se va despeñando al río.

BLANCAFLOR:
Éste es ejercicio mío,
nueva Diana me llamo.

Vase. Levántanse todas

INFANTA:
El rey sin duda sería
quien hirió en el monte gamos.

PASCUALA:
Vamos, pues, a verle.

BARTOLA:
Vamos.

GIL:
Hartos vemos cada día.

Vanse

BLANCA:

El conde viene. ¡Ay de mí!
¡Cuánta envidia y cuánto amor
me ha renovado el temor!
Escucharlos quiero aquí.

Sale el CONDE por la puerta de la INFANTA y ella se
vuelve, y BLANCA se esconde entre unos ramos

CONDE:

No tienes que retirarte,
espera. Daréme muerte
porque yo no vengo a verte,
infanta, para adorarte,
sino a morir con mirarte;
porque esto mismo es decir
que te aborrezco, y vivir
no debe aquél que perdió
a Blanca. Y por esto yo
te busco para morir.

INFANTA:

Ya se ha visto. Y pudo ser
que alguna de amores muera,
mas yo seré la primera
que muere de aborrecer.
Y por no darte placer,
verme no pienso dejar.
Si el verme te ha de matar,
por matarte, no te mato,
y por esto quiero, ingrato,
que viva a mi pesar.
Nunca has borrado del pecho
la que primero adorabas,
y una espada atravesabas
entre los dos en el lecho.
Y con esta espada has hecho
que en mí haya sido mayor
el olvido que el amor;

porque es, si da la mujer
que quiso en aborrecer,
quinta esencia del rigor.

CONDE:

Si una espada atravesé
en tu lecho, no soy mío,
ni tengo libre albedrío
después que a Blanca miré.
Murió, mas no la olvidé.
Tu esposo ni tu galán
puedo ser, y así dirán
que es bien que una espada fiera
nuestros cuerpo dividiera
como las almas están.
La mano te di, forzado;
no te he dado el corazón
porque es el tuyo león
que dos vidas me ha quitado.
Hija y mujer me has robado.
Mi deudora eres, y así,
queriendo hallarlas en ti
can soy de fe singular,
que voy y vengo al lugar
donde mi dueño perdí.

BLANCA:

(Cualquier pesar me divierta, Aparte
como yo no tenga celos.
¡Al fin me han hecho los cielos
dichosa después de muerta!)

INFANTA:

En quererte mal acierta
como el alma es racional,
que eres traidor desleal.

BLANCA:

(Miente, Infanta, tu mal gusto, Aparte
que le quieras mal es justo,

mas no que le trates mal).

INFANTA:

¿Viste cuánto han amado los mortales?
¿Viste cuánto dictó cada elemento
del hermoso zafir del firmamento,
abismo de los rayos celestiales?
Arenas, flores, plantas, animales,
comparados al odio que yo siento,
son átomos del sol, puntas del viento,
en número y grandeza iguales.
Tal es mi aborrecer, que ni lo creo
ni lo puedo explicar porque es de suerte
que vida y muerte veo si te veo;
y aunque es verdad que yo para no verte
apetezco morir, también deseo
la vida para más aborrecerte.

CONDE:

Más te aborrezco yo, pues en el prado
donde nacen tal vez hermosas flores
no introducen espinas ni rigores
como en aquél que abrojos ha llevado.
Los dos somos así, tu pecho airado
campana ha sido que produjo amores,
y mis desprecios han de ser mayores
que estérilmente fui mármol helado,.
Forma no se introduce fácilmente
donde otra alguna vez se ha introducido,
tarde el amor aborrecer consiente.
No quise, aborrecí. Tú me has querido.
Ser tuvo lo que fue y es evidente
que nunca tuvo ser lo que no ha sido.

INFANTA:

La muerte del amor no es el olvido
pues yo siento por ti...

CONDE:

Yo por ti siento...

INFANTA:
¡Penas!

CONDE:
¡Desdichas!

INFANTA:
¡Mal!

CONDE:
¡Rabias!

INFANTA:
¡Tormento!

Vanse

BLANCA:
Aliente mi confianza
y no del todo se aflija,
pues quien me mató una hija
me da vida a una esperanza.

Vase y salen el REY, [BLANCAFLOR] y el MARQUÉS

REY:
Detén el curso; que igualas
al viento de más rigor
y parece que mi amor
te va prestando sus alas.

BLANCAFLOR:
De Dïana, que es luz pura,
tengo el hombre y condici3n;
esquivos mis ojos son.

REY:
Tambi3n tienes la hermosura.
S3lo decirte pretendo

el amor más singular.

BLANCAFLOR:

¡Qué le tengo de escuchar
si habla en lengua que no entiendo!
¿Qué es amor?

REY:

Una verdad
que nos roba el corazón,
oscurece la razón
y ciega la voluntad.

BLANCAFLOR:

Enigmas son para mí.
(Presto el amor le ha vencido). Aparte

REY:

Aún antes de haber nacido
pienso que tu rostro vi.
Años ha que a la razón
el uso estás usurpando,
y siempre estuve adorando
mi propia imaginación.

Sale el CONDE

CONDE:

Señor, un montero avisa
que puedes ir a tirar.

REY:

¡Vete, conde! Porfiar
debe el alma, y es precisa
su defensa. Tuyo soy.
Quitarte pienso la rosa
del cabello, ingrata hermosa.

BLANCAFLOR:

¿Qué importa si no la doy?

CONDE:

(¡Qué extraordinaria hermosura! Aparte
Con atención me ha llevado
tras los ojos el cuidado.
Honesto amor y fe pura
le he cobrado. Efectos son
ocultos de las estrellas,
porque siempre nos dan ellas
impulsos de inclinación).
¿Qué haces, señor? ¿Corresponde
a rey cristiano, a rey justo?

REY:

¿Nunca sabéis darme gusto?
Mi gracia perdisteis, conde.

BLANCAFLOR:

Quiérate el cielo guardar,
y nunca te deje ver
las espaldas del placer
ni la cara del pesar.

Vase

REY:

Su amante me ha parecido.

MARQUÉS:

De él mismo lo has de saber,
que el modo de responder
dirá si celos han sido.

REY:

Conde, prometo a los cielos
que son vuestras demasías
o locuras y porfías
del amor. ¿Estos son celos?
Decid.

Sale BLANCA por las espaldas del REY sin que la vean el MARQUÉS ni el REY

BLANCA:

(Al conde deseo Aparte
ver o hablar si solo está).

CONDE:

Prometo, señor, que ya
quise vencer... (¿Mas qué veo? Aparte
¡Oh, soberana ilusión!
¡Oh, celestiales antojos!
Todo el corazón es ojos,
toda el alma es corazón!)

REY:

¿Cómo impides sin temor
mi gusto?

CONDE:

Señor.. (¡Ay, cielos! Aparte
Blanca es viva).

REY:

¿Fueron celos?

CONDE:

No... Sí... mas yo...

REY:

Esto es amor.

BLANCA:

(Agora no hay ocasión). Aparte

Vase

CONDE:

(¡Ay, si es ella!) Aparte

REY:
¡Qué bien toco,
que estás celoso y aún loco!

CONDE:
Señor, si fuese ilusión
debió de ser de mi pena.

REY:
Tus celos fueron extraños.

CONDE:
(¡Oh, dulcísimos engaños!) Aparte

REY:
Tu mismo amor te condena,
pues con celos ha perdido
mi respeto tu osadía.
La serrana ha de ser mía.

CONDE:
Yo, señor, no la he querido
ni la he visto sino aquí.
Un secreto impulso fue,
quizá nacido...

REY:
¿De qué?

CONDE:
De estimarte tanto a ti,
que todas las ocasiones
he procurado estorbar
en que pudieras manchar
tus católicas acciones.

REY:
Cuando vuelto en sí se halla
sin turbación el sentido,
lo niegas. Amor ha sido,

no lealtad.

CONDE:

¡Gran señor!

REY:

¡Calla!

Marqués, sabedme quién es
padre de aquella hermosura.

No es leal quien no procura
servirme como el Marqués.

Por esto y por la aspereza
con que a la infanta tratáis,

cada día mi obligáis

a que os corten la cabeza.

Vase

CONDE:

Pluguiera a Dios ya acabaran
tantas desdichas, supuesto
que en el sepulcro o en esto
las pompas del mundo paran.

Seguir quiero la villana
que mi Blanca parecía.

Mas... ¡Oh, loca fantasía!

¡Imagen del sueño vana!

¿Tales errores percibo?

¿Tales imposibles creo?

Engaños son que el deseo

causa al hombre pensativo.

Canta GIL dentro

GIL:

"De amores del conde Alarcos
pensativa está la infanta,
y a su mujer mata el conde
porque el rey se lo mandara."

CONDE:

¡Caigan sobre mí desdichas!

¿Mi mal los villanos cantan?

[.]

¡Rústico villano, calla!

Canta

GIL:

"El conde temiera al rey.

Pusiérala en una barca.

A las aguas la encomienda,

y con otra se casara."

CONDE:

¡Calla, villano!

GIL asómase al paño y vuélvese a entrar

GIL:

No quiero

porque es mía la garganta,

y las coplas son del cura.

Canta

"Pensativa está la infanta,

a su mujer mata el conde,

porque el rey se lo mandara..."

CONDE:

¡Calla o daréte la muerte!

Vuélvese GIL a asomar y sale, y da una vuelta

al tablado con el último verso, cantando

GIL:

Yo no digo mal de nada,

sino de este conde Alarcos,

y del rey y de su hermana,

y de todo el mundo. Deje
que sin perjuicio vaya
holgándome por el campo.
"...porque el rey se lo mandara".

Vase

CONDE:

¡Vive Dios, que pues me acuerdas
mi desdicha que esta daga
te he de tirar!

Vuélvese GIL a asomar tres o cuatro partes,
cantando "porque el Rey se lo mandara"

GIL:

¡Guarda el loco!

CONDE:

¡Sí lo estoy, que no me infamas!
¿Hasta cuándo he de vivir?
Tiempo viene y años pasan,
desdichas y más desdichas,
y ninguna de ellas mata.

Sale BLANCA

BLANCA:

(Aquí está el conde. ¿Qué temo Aparte
pues aborrece a la infanta?
Temo que el mucho placer
el corazón sobresalta;
no he de llegar de repente,
y así quiero entre estas ramas
atender a sus tristezas
y mirar en lo que paran).

Escóndese

CONDE:

¡Que no tenga yo consuelo!
Que siempre la muerte tarda
cuando un triste la desea.
Estos montes y campañas,
mudos testigos un tiempo
de mis glorias soberanas,
serlo debieran agora
de muerte tan deseada.
Por allí siguió una vez
mi bellísima Diana
las fieras de esa espesura
con hermosura bizarra.
Intrincado monte, ¿dónde
está la luz que adoraba
cuando en ti me dio favores,
cuando en ti me robó el alma?
Quien con veneno se cría,
nunca muere de veneno,
mal podrá, pues siempre peno,
matar mi melancolía;
porque sólo a la alegría
mi veneno he de decir.
Luego no puedo morir
porque no me han de matar
las desdichas ni el pesar
y el placer no ha de venir.
Cuando en esta fuente vio
Blanca su rostro divino,
no andaba yo peregrino
también me miraba yo;
que como amor nos unió
Blanca en mí, yo en Blanca estaba.
Y así, cuando se lavaba,
el cristal de perlas puras
no mostraba dos figuras
pero dos almas mostraba.

[Sale BLANCA]

¡Válgame Dios! ¿Quién diría

que tantas las fuerzas son
de vana imaginación,
de loca melancolía,
de mi propia fantasía,
de mi amante desatino,
que al espejo cristalino
con ilusiones y antojos
estén mirando mis ojos
el mismo bien que imagino.

Escóndese BLANCA

Bruto o niño quiero ser,
buscando lo que he mirado.
Por aquí no la he topado;
por acá la pienso ver.
¿Qué loco pudo creer
que esté viva una deidad
en aquesta soledad,
al cabo de tantos años?
Volvamos a los engaños;
no busquemos la verdad.

Duérmese el CONDE y sale la INFANTA con venablo

INFANTA:

Todo cansa. Mas, ¿qué mucho
que el cazar me haya cansado,
si me cansó lo que he amado
y con mi memoria lucho
para olvidar? Aquí veo
el objeto aborrecido,
y pienso que está dormido.
Quien tiene amor y deseo,
quien a Blanca muerta adora,
¿puede dormir fácilmente?
¿Ojos dormidos consiente
loco amor? Sólo está agora.
Nadie me ve; mi venganza
y mi libertad consigo

si doy muerte al enemigo
que adoré sin esperanza.
Así mis desprecio vengo
y mi desdicha.

Sale BLANCA

BLANCA:
¡Ah, traidora!
No puede morir agora,
porque yo inmortal le tengo.
¡Despierta, conde, despierta!

INFANTA:
¡Villana, morir mereces!

BLANCA:
No me ha de matar dos veces
su merced, que ya estoy muerta.
¡Ah, conde, esta tigre quiso
darte la muerte!

[Vase la INFANTA escondiéndose al paño,
y] despiértase el CONDE sin mirar a BLANCA

CONDE:
(Y lo creo. Aparte
Fingir quiero amor, pues veo
mi peligro en este aviso).
Villana, mientes. Si yo
amo y adoro a su alteza,
¿me ha de matar?

INFANTA:
(La villana Aparte
me da mayores sospechas
y cuidado. Aquí la escucho).

CONDE:
No en la fuente, no, en la idea

parece que estoy mirando
desatadas las potencias
de mi alma, y que eres tú
la voluntad.

BLANCA:
No lo creas.

CONDE:
¿Quién eres?

BLANCA:
Un alma soy
que anda celosa y en pena.

CONDE:
¿Celos tienes?

BLANCA:
Sí, que siento
que amor a la infanta tengas.

CONDE:
¿Eres Blanca?

BLANCA:
Quien podía
amarte después de muerta.

CONDE:
¿Y, en efecto, vives?

BLANCA:
Sí.

CONDE:
¿Cómo escapaste?

BLANCA:
No sepas

mis dichas.

CONDE:

¿Por qué, señora?

BLANCA:

Porque causas mis tristezas.

CONDE:

¿Con qué?

BLANCA:

Con una palabras
que me matan.

CONDE:

¿Cuáles eran?

BLANCA:

"¡Villana, mientes! Que yo
amor y adoro a su alteza".
Pues esto escuché, no quiero
confesar que vida tenga.
Fantasma soy; pero no,
vida tengo. Infanta, vuelva
tu rigor a darme muerte.
Blanca vive. ¡Blanca muera!

CONDE:

¡Calla, señora!

BLANCA:

No quiero.

CONDE:

Mi bien, calla.

BLANCA:

Infanta, espera.
Las ondas me perdonaron.

No me perdone tu fiera
condición.

CONDE:
¡Oyeme, escucha!

BLANCA:
¡Déjame pasar y puedan
seguirla mis pasos!

CONDE:
Dime...

BLANCA:
¿Qué he de decir? Otra senda
buscaré para seguirla.

CONDE:
Tendréte también en ella.

BLANCA:
¿Qué me quieres?

CONDE:
Adorarte.

BLANCA:
¿Hablas, mi dueño, de veras?

CONDE:
Agora sí, pues que vives.

BLANCA:
Pues callo, y tengo paciencia.

CONDE:
¡Dame tus brazos!

BLANCA:
No puedo

que estás casado.

CONDE:

¿Me niegas
la vida? Pues yo seré
quien con voces y querellas
llame [a] la infanta. ¡Ah, crüel!
¡Mátame! ¿Por qué me dejas
vivir, cuando a Blanca adoro?

BLANCA:

Ella lo hará cuando duermas.

CONDE:

Pues si no te obligo así...
Querida infanta, ya esperan
mis brazos favores tuyos.
¡Vuelva!

BLANCA:

Calla, que atormentas
con eso mi vida más.

CONDE:

Tuyo soy, infanta. Deja
que pase.

BLANCA:

¡No la has de ver!

CONDE:

¡Ah, infanta! ¡No me detengas!

BLANCA:

¡Calla!

CONDE:

¡Pues denme tus brazos
albricias y enhorabuenas
de tu vida!

BLANCA:
Eres ajeno.

CONDE:
Pues sigo a la infanta.

BLANCA:
¡Espera!

CONDE:
Déjame pasar!

BLANCA:
No quiero.

CONDE:
Déjame dar voces.

BLANCA:
Sean
para llamarme.

CONDE:
Sí, haré,
como tú me favorezcas.

BLANCA:
En efecto, ¿no la adoras
como dices?

CONDE:
No.

BLANCA:
Pues, llega.
Dame los brazos.

CONDE:
Y el alma.

BLANCA:
Vida es nueva.

CONDE:
Y gloria es nueva.

Sale la INFANTA

INFANTA:
Y nueva envidia la mía.
No son celos sino tema.
¡Muere, villana!

CONDE:
¡Ah, crüel!

Sale el REY

BLANCA:
¡Téngala, tío! Que tiembla
de ella esta pobre villana.

REY:
¿Qué es aquesto?

BLANCA:
Que su alteza
mataba a este hombre durmiendo.

INFANTA:
¡Sacarte pienso la lengua!

BLANCA:
¡Ténganla, tíos!

REY:
Promete
esto tu mucha crueldad.

INFANTA:
¡Miente!

BLANCA:
Yo digo verdad.

INFANTA:
¡Ah, villana!

BLANCA:
¡Ah, matasiete!

Salen todos y RICARDO da un papel a BLANCA

RICARDO:
Ya, Blanca, os he conocido.
Por si la infanta crüel
me da muerte, este papel
vuestra dicha os ha advertido.

MARQUÉS:
Aquí tienes a Diana
y a su padre, y entendiendo
que le mato o que le prendo,
no hay en la selva villana
que no la siga.

REY:
Yo aguardo
saber quién eres.

RICARDO:
Señor,
soy un pobre labrador.

REY:
¡Vive Dios, que eres Ricardo!

RICARDO:

Sí, lo soy.

REY:

Pues di verdad:

¿quién es la luz soberana
de la que llaman Diana?

RICARDO:

Dígalo Blanca.

BLANCA:

Escuchad:

En un barco sin remos, navegando
esa corriente de cristales fría,
mis desdichas y yo nos vimos. Cuando
el nombre de mi esposo repetía
al peso de mis males vi temblando
las ondas. Su rigor no me ofendía,
y cuando al barco su cristal llegaba,
el fuego de mi amor las abrasaba.
Vencido ya mi pecho de sí mismo,
el líquido cristal tragó a pedazos,
cuando en ansia mortal de un parasismo
topé de un pescador redes y lazos
que por sacarme del undoso abismo
puentes formó de sus piadosos brazos
por quien pasó mi alma agradecida
del margen de la muerte al de la vida.
Tiene una aldea, pues, de esta ribera
por dosel ese monte y por espejos
el río, y su muralla en tiempos era
un soto de sabinas y de tejos;
y como están sus casas en ladera,
apartadas y pocas, desde lejos
parecen con el sol y a su vislumbre
peñascos que han rodado de la cumbre.
Allí viví en un tiempo disfrazada
y, cuando no temí ser conocida,
muerta y, después de muerta, enamorada.

Vivir y amar osé en Selva Florida
en quien de mis vasallos ignorada
el renovar memorias fue mi vida.
Aquí vi al conde, allí me dijo amores;
aquí me dio una mano, allí unas flores.
Salió a estos montes, como aurora bella,
Diana, que les dio perlas y risa,
y ya por la virtud de alguna estrella
si despacio la vi, la amaba aprisa.
Agora sé que Blancaflor es ella.
Este papel sin lenguas me lo avisa,
que a decírmelo así lenguas que hablaran,
el sobresalto y gusto me mataran.
La piedad de Ricardo, al acto fiero
usurpó su piedad esta garganta,
y el corazón y sangre de un cordero
expuso a los rigores de la infanta.
Si yo triste viví, alegre muero,
pues hallo en tanto mal ventura tanta,
y en dos muertes lloradas y creídas
tres almas, una fe, un amor, tres vidas.

CONDE:

Dame los brazos, Blancaflor.

REY:

¡Detente!

A tu reina no pierdas el decoro.

A [BLANCAFLOR]

Dame la mano, porque ya en tu frente
hermosos se han de ver los lirios de oro.

BLANCAFLOR:

Yo con la gloria que mi alma siente,
la invicta mano de mi rey adoro.

CONDE:

Yo vuelvo a tu favor como solía.

BLANCA:

Y yo al dueño primero que tenía.

INFANTA:

El cielo os da su favor;

no pretendo haceros daño.

Rey, yo fingí aquél engaño.

No me debe el conde honor.

CONDE:

Demos fin a una tragedia

que resulta en mayor gloria,

y si os agrada la historia,

dad perdón a la comedia.

FIN DE LA COMEDIA